

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 6



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Palabras de agradecimiento

José Agustín de la Puente Candamo

Pontificia Universidad Católica del Perú

Por múltiples razones estoy abrumado y pienso que tal vez el silencio sería la mejor forma de gratitud, pero, de otro lado, pienso que debo ofrecer mi testimonio. Un conjunto de recuerdos, afectos, nostalgias, preside mi ánimo y mi gratitud múltiple y muy sincera por los cincuenta años de trabajo que, gracias a Dios, he desarrollado en esta muy querida Universidad Católica.

Gracias a Franklin Pease y a su tenacidad amistosa para la realización de este acto; a Joseph Dager, alumno distinguido, por su intervención tan generosa; a Margarita Guerra y a Armando Nieto les agradezco sus palabras tan cordiales, pero sobre todo –y esto quiero reiterarlo– les agradezco por la leal amistad de largas décadas expresada en múltiples proyectos y realizaciones en común. En esta instancia de diversas formas de gratitud, debo decirle al señor Rector mi reconocimiento y a mis colegas en la enseñanza, mi renovada amistad. Y debo agradecer a los alumnos, de una y otra promoción, por la paciencia inteligente y amable en la vida de la clase, por la pregunta oportuna que en muchos casos fue esclarecedora, por el diálogo coincidente o discrepante.

Sin vanidad, pero sí con ilusión, puedo decir en este mediodía de tantas memorias, que en mis clases de Independencia y República, en los diversos cursos que he dictado en la Facultad de Letras y en las tareas en el Instituto Riva-Agüero, siempre he estimulado y estimulo al estudiante para que descubra en el mosaico de datos, fechas, problemas que se presentan en el aula, el proceso de formación histórica del Perú y el carisma de nuestra nacionalidad. Pienso que este acto, y así lo recibo, es un homenaje a la Universidad Católica, a su continuidad institucional y al oficio de enseñar Historia del Perú. Los años transforman al hombre en una suerte de testigo. Creo que debo decir a las generaciones jóvenes de esta casa mi experiencia personal y mis vivencias de la Universidad que conocí, en la cual me formé y me inicié como docente.

En el colegio de la Recoleta, donde estudié la secundaria, conocí al Padre Jorge Dintilhac, quien fue nuestro profesor de Economía Políti-

ca y de Inglés. Sabíamos los recoletanos que él era el Rector de la Universidad Católica, que estaba al otro lado de la avenida Uruguay, y de la cual nos separaba un túnel revestido con cerámica blanca; y además sabíamos que había sido el fundador de esa Universidad.

Por amistad con mis padres traté al Padre Jorge en mi casa en los últimos años de instrucción media y en los meses inmediatos a mi ingreso a la Facultad de Letras. Descubrí en él una bondad natural, la paciencia propia del maestro, unida al consejo y a la orientación adecuada. Cuando ya estábamos en la Facultad ingresábamos al Rectorado con la impertinente audacia juvenil, sin cita previa, ni consulta alguna. Él escuchaba nuestros planteamientos y con palabras indispensables nos daba la respuesta oportuna. Es importante que la Universidad en nuestros días, con el amplio campus y con millares de alumnos, tenga clara conciencia de que la fundó un hombre que era superior por su calidad espiritual y por la certeza que tuvo de ser un instrumento de Dios para crear una institución que diera testimonio cotidiano de la presencia de la Iglesia en la vida intelectual del Perú. Ésta y no otra es la explicación de nuestra Universidad Católica, y estos son su carisma y su vocación.

La vida en el local de los padres de la Recoleta en la plazuela de ese nombre era gratísima y cordial en todos los extremos. Puedo decir ahora que fue una época muy feliz. De hecho, aparte del horario de clases, pasábamos el día en nuestra pequeña casa y participábamos, como una gran familia en todo lo que sucedía y se vivía. Recuerdo las tertulias de los viernes, donde alumnos y profesores conversábamos en torno a un bizcocho que llevaba Víctor Andrés Belaunde.

Debo mencionar, por un elemental deber de gratitud, a los hombres que representaron para mí, con el Padre Jorge, un magisterio, y que sirvieron, en el caso de muchos amigos de esos años y en el mío, a un enriquecimiento intelectual y a un fortalecimiento de nuestra personalidad.

Yo no alcancé a Riva-Agüero como profesor de aula, pero si bien lo conocía por amistad con mi familia, fue en los años cuarenta, los últimos de su vida, cuando lo traté con cercanía. En visitas muy frecuentes a su departamento en el Hotel Bolívar, Riva-Agüero nos cautivó no sólo por sus conocimientos o su dominio del lenguaje y de la historia, sino porque advertimos en él una personalidad ejemplar y directiva. A nosotros, muchachos de veinte a veintidós años, Riva-Agüero nos enseñó en la tertulia, en muchos casos realizada con chocolate caliente, la raíz de la nacionalidad peruana y el genio de nuestra gente.

Una y otra vez, Riva-Agüero, con calor y con pasión, reiteraba el origen doble y mestizo de la nacionalidad peruana: lo andino y lo español, decía, están en la raíz del Perú; y sólo, añadía, en el entretejido de ambos se encuentra el Perú. Nos fascinó en Riva-Agüero –y este magisterio lo conservamos muy cercano– su fortaleza inviolable entre pensamiento y vida, que se advertía en la lectura de sus obras, en su conversación magistral y en el comportamiento de todos los días, en lo privado y en lo público. Como no es raro en los conversos –cuando en los años veinte y treinta recuperó la fe–, su vivencia católica fue más explícita, inequívoca y con un clarísimo contenido de apostolado intelectual.

Trabajé con Víctor Andrés Belaunde, a su lado, como Secretario en el Instituto Riva-Agüero, durante veinte años. En el trato de todos los días y en la nutrida correspondencia cuando viajaba a las Naciones Unidas, descubrí no sólo su inteligencia, su poder de convencimiento, su fuerza intelectual sino, por encima de todo, advertí y viví su calidad de hombre bueno y limpio, con voluntad de conciliación y sin capacidad para el rencor o para el odio.

En este mediodía quiero evocar a Belaunde y Riva-Agüero, peruanos que dieron a nuestra desafortunadamente frágil clase dirigente, una lección de servicio y solidaridad, que a la postre no derrotó al egoísmo individualista que tantas veces frustró los mejores proyectos del Perú. Sin ellos, sin Belaunde y sin Riva-Agüero, no se entiende el siglo XX peruano. Son, además, al lado de nuestro fundador, los grandes maestros en la definición de la personalidad de esta Universidad Católica.

El Instituto Riva-Agüero, que este año celebra medio siglo de vida, conserva vivo el magisterio de Belaunde, su fundador, y ha sido y es una unidad académica donde se han formado muchos profesores en el campo de las Humanidades.

Al padre Rubén Vargas Ugarte le debo agradecer hoy, una vez más, sus clases de Historia de la Independencia y, sobre todo, el inolvidable Seminario de Historia, que conducía con maestría e inmenso cariño y donde nos enseñó, pienso que por primera vez en el Perú, algo que hoy parece tan sencillo: la importancia de la ficha en la investigación intelectual y la técnica para su buen uso. Era el padre Vargas un hombre inteligente y vibrante, nervioso, muy franco, que heredó de don Nemesio, su padre, un peruanismo, si se quiere, sanguíneo, que afirmaba con calor en sus clases y estudios.

Al padre Vargas le debo mi iniciación en la vida docente en esta casa. Un día, a finales de 1946 o en el verano de 1947 –no puedo olvidar esa reunión que resultó esencial en mi vida–, me dijo, ante mi asombro juvenil, que deseaba que lo reemplazara en el curso de Historia de Independencia y República. Fue para mí el comienzo de una tarea en la cual continué con agradecimiento y alegría.

Pedro Benvenuto Murrieta, profesor de Lengua, respetado y temido, conocedor y amante de la Historia del Perú, se transformó en amigo cordial y muy sincero; y su casa del pasaje Velarde, cercana a la Recoleta, era centro de tertulias en las cuales desarrollaba su magisterio peruanista y cristiano. Pedro Benvenuto nos transmitió afecto indeclinable a esta Universidad Católica. En la Conferencia de San Vicente de Paul, que fundó en el claustro, desarrolló su inmensa vocación de caridad y, a través de su capacidad de conversador excepcional, cumplió un bello ejercicio docente y apostólico. Lo recuerdo con afecto y con gratitud.

El ambiente intelectual que vivíamos era digno y coherente, y muy clara la vocación de servicio a la Iglesia y al Perú. El fin de la Guerra Civil Española y el principio de la conflagración mundial invitaban a discusiones, análisis y enfrentamientos. Precisamente en 1939, Basadre publicó en un volumen la primera versión de lo que sería más tarde su contribución esencial al país, la *Historia de la República*. Leíamos los muchachos de esos años con entusiasmo a Ortega y Gasset, a Gregorio Marañón; era vivo el debate entre indigenismo e hispanismo, y en nuestro claustro se afirmaba en esas horas la visión integral de lo peruano por encima de toda dicotomía.

Los hombres de mi generación no olvidamos las clases de Teología del ilustre sacerdote huancabambino Luis Lituma Portocarrero, quien en exposiciones sólidas y clarísimas impartía sin adjetivos una veraz formación cristiana. Asimismo, estaban presentes las brillantes exposiciones de Literatura Universal de Carlos Pareja Paz-Soldán, quien murió en plena juventud con una serenidad aleccionadora. Y tampoco puedo omitir, y me es grato que esté aquí presente, a mi antiguo profesor Javier Pulgar Vidal, a quien debo agradecer sus lecciones de Geografía, en las que planteaba la tesis de las ocho regiones naturales. Recuerdo la excursión apasionante y larga por la “quebrada de la Viuda” y cómo con muestras de vegetales y otros signos fundamentaba con entusiasmo su teoría.

La erudición de Guillermo Lohmann Villena estaba presente en las clases, y lo está en la memoria de nosotros hoy día; igual que la ame-

nidad y el estilo nacionalista de Raúl Ferrero Rebagliati; la claridad intelectual de Mario Alzamora y la excelente preparación académica de Jorge del Busto Vargas, quien se inició en la enseñanza con nuestra promoción. Dictaba Economía Política Ernesto Alayza Grundy. En esos días la segunda persona de la Universidad era el Secretario General. Ernesto era el Secretario y el Subsecretario, Pepe Dammert; y para nosotros "don Ernesto" era como un anuncio de la solución final en nuestros pedidos estudiantiles. También debo agradecerle, y me es grato que lo escuche este día, por su paciencia frente a múltiples impertinencias nuestras en días de polémicas y conflictos que siempre buscábamos resolver los estudiantes con la idea de que dentro de nosotros se encontraba toda la verdad. Entre los trabajadores administrativos debo recordar a Bernardo Morales Pagador y a Emilio Lister.

Sería amnésico e injusto si por una mal entendida discreción no dijera en esta hora que la vocación por la Historia nació y maduró en el ambiente de mi familia, en la diaria tertulia con mis padres y con el ejemplo de ellos que evoco en este mediodía. Le debo a mi padre el contacto con libros antiguos y papeles viejos del abuelo José Agustín de la Puente Cortés, amante y estudioso de nuestro pasado, y le debo también a mi padre una lección de señorío, de dignidad, de cumplimiento del deber y de amor indeclinable al Perú. Fueron un factor muy importante para decidir mi vocación las memorias de historia cercana del Perú que escuchaba a mi padre. Él nació en 1875. Cuando era niño vivió momentos terribles y difíciles, y me contaba en la casa, en la tertulia cotidiana de sobremesa, cómo vivió ese tiempo. Evoco esas tertulias como un elemento fundamental, no digo en mi formación, sino en la de todos los amigos de esos años que, en nuestras casas, aprendimos a conocer al Perú. Mi madre, lectora impenitente, con una amplia cultura en lo religioso, lo literario y lo histórico, me acercó al amor por los libros y al cariño por la lectura, y a través de la conversación y del afecto, y con su ejemplo, me enseñó uno y otro día el valor perdurable de "lo único necesario", y los riesgos que encierra, como ella decía con frecuencia, la fascinación de la bagatela.

Quiero hacer explícita esta gratitud por todo lo inmenso y lo ilimitado que les debo a mi padre y a mi madre. Y aquí quisiera añadir un comentario que creo que es válido, y ojalá algún alumno lo pueda asumir como materia de investigación: las mujeres de la generación a la cual perteneció mi madre, quienes nacieron en torno de mil ocho-

cientos ochenta y mil ochocientos noventa y fundaron la Sociedad "Entre Nous", constituyeron una generación intelectual muy valiosa, que no pisó la Universidad, no tuvo ningún título profesional en la mano, pero tuvo cultura, amor a los libros, plena responsabilidad personal y social frente a las tareas de todos los días.

En una ocasión triste para nosotros, Belaunde recordó la calidad de esa generación. Yo quisiera recordar aquí con nombre propio a Margarita Alayza Paz-Soldán, a Evangelina y Carmen Gallagher Canaval, a María Isabel y Consuelo Harvey Cisneros y muchas, muchas más, que cerca de mi madre y con ella, fortalecieron su calidad de mujeres cultas. Les comento algo que puede parecer un abuso en el tiempo y en la confianza: cuando se dice hoy día que la mujer se ha incorporado a la vida de la sociedad de este siglo, que la mujer se ha liberado de un pasado de tinieblas, se incurre en un error histórico total; lo recordé hace poco en otra circunstancia distinta: las mujeres de la generación de mi madre, que ahora menciono con respeto y con cariño, fueron mujeres cultas, sin título profesional, pero con una virtud, entre otras: el amor al libro, el cariño al libro. Promovieron en el Perú múltiples tareas de difusión de la "buena lectura", como decían en ese tiempo. Y ese fue su empeño; fueron mujeres profundamente enraizadas en las obligaciones con el país y con fina vocación intelectual auténtica.

Entre mis abuelos sólo conocí a mi abuela Candamo, que era buena conversadora y muy amena; a ella le debo memorias que me apasionaron en mi adolescencia y me acercaron al cariño por la Historia de la República. El asesinato de Manuel Pardo y la Revolución del 95, que en la casa del abuelo de la calle de la Coca se vivió intensamente, eran sucesos que dominaban la conversación. Parece ingenuo contar estos recuerdos con un cierto sabor de confidencia pero, para ser sinceros, aquí nació mi vocación por la Historia. La Revolución del 95 se convertía en la casa en una forma de tertulia cotidiana, no obstante los años que habían transcurrido. Con mi abuela viví ese vínculo entre pasado y presente que está en el alma de la Historia.

Quisiera hablar, en fin, en el panorama de muchos años, de los alumnos que han pasado por el aula, de la experiencia de las clases, de la incorporación de nuevos temas y cuestiones relacionadas con la enseñanza, de las diversas orientaciones en este medio siglo, de los debates, de los paseos a Punchauca o a la carretera central, de la variada sensibilidad de los estudiantes, de las tesis de fin de carrera.

En mi espíritu se agolpan los recuerdos de las clases en la Recoleta,

en el Instituto Riva-Agüero y en este campus de Pando. Pienso en el muchacho y en la chica de otras horas; pienso, colegas, en la enseñanza en esta casa y en otros múltiples lugares del país, y pienso asimismo en los libros que han escrito y que son contribuciones capitales a la historiografía nacional. Y en la medida en que se enriquece la memoria, se acerca con afecto a quienes fueron mis alumnos y hoy ya no están con nosotros.

Gracias a mi esposa, a mis hijos, por el apoyo de todos los días y por el ambiente cordial y generoso para el trabajo.

Y nada más, queridos amigos. Perdonen este abuso en mis palabras y este abuso por transmitirles confidencias íntimas, pero creo que debía ser sincero frente a esta ilimitada prueba de amistad y decir porqué me he dedicado a la Historia.

Pero reitero lo esencial en este acto: es el homenaje a nuestra querida Universidad Católica y a la enseñanza de la Historia del Perú.